

El "iletrismo" o el mundo social desde la cultura

Bernard LAHIRE

Université Lumière Lyon

La opacidad de los discursos

A pesar de los muchos siglos de historia escolar todavía existen, hoy en Francia, grandes desigualdades sociales en relación al dominio de lo escrito (lectura y escritura). La constatación es muy cierta. Por cierto -desgraciadamente-, esto no es sorprendente para los sociólogos de la educación que desde hace varios decenios miden el acceso diferenciado a los saberes escolares, así como a las obras e instituciones culturales. Su evidencia es tal que a ningún demócrata le puede parecer *acceptable* esta desigualdad de acceso a instrumentos tan fundamentales de la cultura.

Pero esta comprobada desigualdad, ¿está directamente relacionada con los discursos públicos (mediáticos, políticos o "científicos") acerca del "iletrismo" de los franceses que florecen desde hace más de quince años? Por cierto, podría creerse que los discursos acerca del "iletrismo" solo *expresan* una realidad social objetiva o se limitan a *acompañarla*. Sin embargo, las cosas no son tan simples. Para poner en entredicho una evidencia tan engañosa, es necesario remontarse a la historia de estos últimos veinte años.

El aumento del interés público por el problema podría hacernos pensar (y los comentaristas de la prensa no se privan de escribirlo) que asistimos a una expansión o ampliación del verdadero problema en sí mismo. Ahora bien, no hay nada de eso. En cambio, se puede decir con certeza que los problemas del dominio de lo escrito eran mucho más importantes en la época cuando no se hablaba de ello que hoy donde abundan los discursos.

Son estos discursos que recientemente estudié utilizando el análisis sociohistórico de la construcción pública del "iletrismo" como problema social y, en especial, el estudio retórico de las formas de hablar del "iletrismo", desde la creación en los años sesenta del movimiento *ATD Quart Monde*, inventor de este neologismo (en 1978), hasta nuestros días. El objeto de mi interés es, entonces, un objeto político. Conciernen al Estado, a los medios, a los discursos públicos de denuncia de una in-

Traducción de Marcela M. Ginestet, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP, de la conferencia en la Université de tous les savoirs (UTLS), CNAM, 1° de septiembre de 2000. ©

justicia y la reivindicación de una causa, a los ideólogos amateurs o profesionales, a las competencias entre los diversos formadores de discursos, a las mitologías que esperan dar sentido a nuestras vidas sociales, que categorizan, evalúan, juzgan y, también a menudo, estigmatizan.

¿Cómo deshacerse de hábitos discursivos?

El filósofo Michel Foucault decía, en su lección inaugural del *Collège de France*, que en toda sociedad hay dos grandes categorías discursivas: los discursos efímeros, “que ‘se dicen’ en el curso de los días y los intercambios y que desaparecen en el mismo acto de ser pronunciados”; y los discursos “que *han sido dichos*, permanecen dichos, y aún están por decirse”¹. Esta segunda categoría de discursos repetidos hasta el cansancio y comentados indefinidamente originan lo que yo denomino hábitos discursivos. Bien sabemos que cuando se adquieren hábitos (buenos o malos), debemos realizar un considerable esfuerzo para lograr abandonarlos y además, ante todo, tomar conciencia. La sociología que estudia los discursos, en tanto actos de nominación y de institución del mundo social, tiene, por consiguiente, el rol de despertar nuestras conciencias somnolientas, de ayudarnos a “recomenzar”, en el sentido de “tomar conciencia”, pues muy a menudo estamos en “piloto discursivo automático”, conducidos por hábitos discursivos que ponemos en marcha sin siquiera pensar.

Esta idea de los hábitos discursivos también permite comprender una aparente paradoja, muy particularmente cuando se trata de discursos públicos, a menudo preparados y trabajados, a saber, que tanto los productores como los receptores de esos discursos, a fuerza de estar expuestos o de exponerse a ellos, pueden adquirir tales hábitos, sin controlar exactamente el sentido de lo que dicen, escriben, escuchan o leen. El hábito favorece la suspensión de un juicio crítico o de una duda -y en todo caso de la crítica o de la duda sistemática y durable- sobre el sentido de los enunciados, su grado de precisión, sus presupuestos y sus implicaciones. Como señalaba Pascal, “es la costumbre que, sin violencia, sin arte, *sin argumento* nos hace creer en las cosas e inclina todas nuestras energías hacia esa creencia, de manera que nuestra alma se abandona en ella naturalmente”².

¿Para qué sirve una sociología de los problemas sociales?

Un simple retorno reflexivo acerca de la situación presente, me obliga a reconocer que esta conferencia, por lo menos en principio, también contribuye a otorgar existencia social, pública al problema social llamado “iletrismo”, no porque el término “iletrismo” figure en el título. La única diferencia con respecto a la gran masa de discursos que se pronuncian sobre el tema, reside en el hecho de que verdaderamente no deseo confirmar los habituales lugares comunes, inventando algunos más o simplemente agregar una cuota de conmiseración personal sobre el tema de la “vida infernal de los iletrados viviendo su desventaja con vergüenza”. Simplemente quisiera aclarar que sería mucho más fácil y gratificante para mí ocuparme de este tipo

de ejercicio, que desmontar los lugares comunes e interrogarme sobre las funciones sociales, simbólicas y políticas de los discursos sobre el tema, decepcionando necesariamente las expectativas de una buena parte de quienes han venido hoy a escucharme hablar de “iletrismo” en el sentido del “problema real de los iletrados”, de las “causas y consecuencias del fenómeno”, de las “soluciones que es necesario aportarle”.

Una vez que un problema social ha sido lo suficientemente “naturalizado”³ debido a los muchos años de discursos públicos, encuestas estadísticas y actos de institucionalización y oficialización de todo tipo, una vez que ha sido integrado por el Estado bajo la forma de un organismo o de un grupo permanente, una vez que definitivamente se lo ha asociado a los “sufrimientos humanos” y que nadie más se atreva o piense interrogarse sobre su grado de “realidad” o la naturaleza de esta “realidad”, se vuelve particularmente difícil de producir la menor duda al respecto y un trabajo de reconstrucción histórica del problema puede asimismo ser percibido como una verdadera provocación moral y política.

Me siento, en consecuencia, en la necesidad de precisar que tengo la más alta estima por todos aquellos que, lejos de las escenas públicas, intentan con dificultad, pero a menudo con mayor éxito del que se cree o que se afirma, introducir a jóvenes adultos o menos jóvenes en lo escrito, y que el análisis crítico de los discursos públicos sobre el “iletrismo” no es un replanteamiento de su práctica o de su misión. Se trata, por el contrario, de ayudarles a deshacer las falsas evidencias producidas por los formadores profesionales del discurso que, en la mayoría de los casos, ellos mismos no son más que practicantes y que parte utilizan más el problema de lo que verdaderamente se ocupan.

Las imprecisiones semánticas, los razonamientos mal estructurados, los presupuestos latosos o los encadenamientos automáticos de ideas pre-constituidas, siempre pueden convertirse en dificultades reales de la acción, en obstáculos de la definición de objetivos precisos, en malos dispositivos institucionales, en contradicciones, en malestares vividos o malentendidos... Un análisis del discurso sobre el “iletrismo” es, pues, una especie de servicio público hacia un objeto social “mal llamado” o “extrañamente designado”. Cuando el sociólogo o el historiador realiza correctamente su trabajo, contribuye a hacer más difícil las manipulaciones retóricas, los tráficos discursivos, las operaciones de desvíos simbólicos y las trampas de los discursos que se juegan por encima de la cabeza de los llamados “iletrados”.

Espero que Uds. puedan disculpar estos preámbulos que me sentía en la obligación de hacer, pero la sociología es una de las raras ciencias que, dada su función eminentemente crítica, está obligada, a fin de evitar los malos entendidos, a pasar un buen tiempo explicando y justificando su método antes de volcarse a los resultados de sus análisis.

Las constricciones retóricas de los discursos públicos

Es imposible -por falta de tiempo- proponerles el análisis retórico completo de los discursos acerca del “iletrismo” desde 1978 a nuestros días. Entre los partidarios

de este análisis, sería necesario recordar la imprecisión actual que caracteriza a la noción de “iletrismo”, imprecisión que es al mismo tiempo un producto colectivo debido a la existencia de múltiples definiciones, pero también un producto más “individual” de uso coyuntural, detallado con diferentes definiciones. También cabría señalar el uso retórico producto de datos numéricos (según el caso, los “iletrados” se cuentan por miles o por decenas de millones) para afirmar, por una parte, que el problema es amplio, extendido y por otra parte, el fenómeno se agrava y registra un crecimiento constante o espectacular de casos observados.

También sería necesario subrayar el abuso de ejemplos dramáticos que intentan provocar un shock emocional en los lectores o en el auditorio, y terminan por estigmatizar a las poblaciones con dificultades en lo escrito. Tales ejemplos corresponden en realidad a aquello que los retóricos denominan *phantasias*: sorprendentes, concretas o visuales, acentúan los detalles horribles mostrándonos el drama *ante oculos* (delante de los ojos), como decía Cicerón. Se trata de esos retratos atroces o conmovedores, pero siempre punzantes, de iletrados alcohólicos, vergonzosos, sufrientes, viviendo drama tras drama debido a su dificultad para leer y escribir..., retratos que, de tanto querer compadecer y conmover terminan por encerrar y estigmatizar.

No volveré sobre estos diferentes puntos a fin de concentrarme esencialmente en las *razones* y *efectos* de una promoción de definiciones o concepciones culturales del mundo social y de sus problemas a lo largo de los últimos veinte años.

El inventor del problema: ATD Quart Monde y el giro cultural

La invención del término “iletrismo” se debe al movimiento ATD Quart Monde, creado en 1960 por el Abad Joseph Wrésinski, y cuya Presidenta será hasta 1988 la nieta del General de Gaulle, Geneviève de Gaulle-Anthonioz. Este movimiento surgió de la experiencia del Abad Joseph Wrésinski, a partir de 1956 en el campo de los sin techo de Noisy-le-Grand.

Por supuesto, todas las personas que van a constituir, en el lenguaje de la ATD Quart Monde, los “aliados” del Movimiento -altos funcionarios, diplomáticos, ingenieros, docentes, trabajadores sociales o estudiantes, etc.- al mismo tiempo que acceden a una honorabilidad pública y se aproximan a los diversos responsables políticos y administrativos, también y, sobretodo, interesan a la asociación por sus propiedades sociales y culturales. En efecto, los “aliados” aportan su elevada cultura escolar y por consiguiente no sorprende el hecho de que desde su creación, ATD Quart Monde no ha cesado de poner en marcha movimientos, instituciones o clubes culturales de todo tipo. ATD crea los “Pivotes culturales”, las “Universidades populares” y los “Clubes del saber”. A partir de fines de los años 1970, los comités “Leer y escribir” fueron también puestos en marcha. A veces, la acción revestía formas más tradicionales: instalación de clases primarias especiales, clubes de jóvenes, centros culturales... Los “aliados” posiblemente “no tienen ideas preconcebidas”, como dice el padre Joseph Wrésinski, pero todos confieren al Movimiento una orientación cultural y pedagógica.

El 17 de noviembre de 1977, gran jornada de reunión en París de miles de delegados del movimiento ATD Quart Monde, se constituirá como un acontecimiento mítico para el Movimiento. Es en esta ocasión que será lanzado aquello que será llamado el “Desafío”: “Que en diez años no haya un solo iletrado en nuestras ciudades. Que todos tengan un oficio. Que el que sabe enseñe al que no sabe.” Para ATD Quart Monde es el comienzo de una inflexión significativa en su discurso que, por otra parte, es menos una inflexión que una “puesta en relieve” de un tema presente junto a otros desde hace tiempo, a saber la “cruzada contra la ignorancia” y la cuestión de los “iletrados”.

Las condiciones de este giro cultural están inevitablemente ligadas, por una parte, a las propiedades sociales y a las categorías de percepción de las personas que concretamente orientan las actividades del Movimiento y, por otra a las propiedades históricas de las diferentes actividades.

En primer lugar, los miembros activos del Movimiento son todos transmisores de valores y disposiciones escolares que no podrían dejar de producir efectos en su orientación ideológica y práctica. Cuando se trata de ocuparse de los niños nacidos de familias de los campos, se piensa por supuesto en desarrollar para ellos actividades culturales y muy particularmente actividades alrededor del libro.

Por ejemplo, un número de la revista *Igloos*, titulado “La cultura en un medio sub-proletario” y datado en mayo-agosto de 1970 presenta las actividades propuestas a los niños. Los niños que frecuentan el “Pivote Cultural” de Noisy-le-Grand son evaluados por militantes del Movimiento y se constatan “notables lagunas escolares” y “aptitudes culturales [...] limitadas”. El texto de conclusión indica que “su débil nivel de lectura parecería estar en el centro de sus dificultades escolares y culturales”. Se observa pues, de manera muy precisa, que con la puesta en marcha de los “Pivotes culturales” (comprendiendo actividades físicas, un taller de pintura y una biblioteca, la acción del “pivote cultural” estaba explícitamente centrada en el libro), ATD se dota de dispositivos *específicamente culturales* que necesariamente van a conducir, progresivamente, a una definición *cultural* de carencia, de lagunas en las poblaciones pobres.

Pero si la lectura es la práctica que se revelará como la más discriminatoria, es porque, entre el conjunto de las actividades practicadas (danza, pintura y lectura), se trata no sólo de la que se ha decidido colocar en el centro (“El libro es el centro del ‘pivote cultural’”) sino también se trata de la que es la más codificada; la que atada a tres siglos de historia escolar, produce más espontáneamente las diferencias visibles y objetivables entre quienes la practican (“débil nivel de partida”; “insuficiente conocimiento de los mecanismos de lectura”). Muy concretamente, los militantes disponen de muchas menos grillas de evaluación y jerarquización de los comportamientos para las actividades físicas y artísticas, justamente más a menudo pensadas en la lógica de expansión del niño que en la de una transmisión de conocimientos (“expresarse a través de la pintura”; interés por las pinturas “desde el punto de vista psicológico”). Así, a diferencia de la lectura, la evaluación de las actividades de pintura concluye que

“los niños sub-proletarios no parecen tener actitudes notablemente diferentes a los otros niños”.

El padre Joseph Wrésinski, en un discurso titulado “Los tres rechazos del movimiento ATD Quart Monde”⁴, acentúa con claridad la *dimensión cultural de la pobreza*, haciendo de la carencia de saber y cultura el *origen* o la *causa* de la pobreza económica: “Si ustedes permanecen en esta miseria, es porque no poseen los medios para salir de ella, no recibieron la instrucción que les hubiese permitido aprender un oficio, forjarse amistades o solidaridades, de expresarse, de comprender el desarrollo de un mundo que los rodea y que es el vuestro.” En algunos textos el Quart-Monde (Cuarto Mundo) deviene una población en lo esencial definida *culturalmente* por su “ignorancia”.

De la pobreza multidimensional al “iletrismo”

El giro cultural realizado por el movimiento ATD Quart Monde implica un cambio en la manera de hablar de la pobreza. Sabemos que una de las especificidades de la concepción del mundo social del Movimiento es la insistencia en la pobreza más aguda. Considerar los problemas partiendo desde los más pobres, establecer una relación entre “iletrismo” y “pobreza” son los temas frecuentes que se encuentran bajo la pluma de los miembros de ATD. Dicho esto, esta temática ha conocido variaciones significativas. Entre los inicios de los años sesenta cuando la pobreza era considerada en todas sus dimensiones (material, moral, cultural, espiritual...) y fines de los años setenta en los que el “iletrismo” pasó a ser **el colmo de la miseria y de la pobreza**, el giro cultural muy poco modificó la percepción que el Movimiento tenía del mundo social.

En el prefacio de la obra de Jean Labbens, *La condition sous-prolétarienne*⁵, que data de 1965, el padre Wrésinski habla de pobreza económica y precisa que se “acompaña de privaciones en todos los planos, cultural, fisiológico, social y espiritual”. Del mismo modo, el número de la revista *Igloos* de mayo-agosto de 1969, considerando la cuestión de “la exclusión en sus formas más graves”, desarrolla una serie de temas, sin que ninguno aparezca como verdaderamente predominante: sub-alimentación, dificultades de enseñanza, problemas de vivienda, de ingresos económicos...

Más tarde, progresivamente a partir de fines de los años setenta, el “iletrado” se convierte en **el símbolo por excelencia de la miseria**, el “iletrismo”, **el colmo de la pobreza**, “**la peor de las injusticias**”, es decir **la causa de toda exclusión**, sobre todo económica. Por ejemplo, Claude Ferrand escribe que “el padre Joseph sabía que *el mayor sufrimiento* de los muy pobres es permanecer en un estado de ignorancia que los condena a la inutilidad y a la insignificancia”⁶. Hemos pasado de la falta de cultura como un sufrimiento, entre otros, al “mayor” sufrimiento que pueda existir.

Pero leyendo los discursos sobre la pobreza o la miseria elaborados por ATD Quart Monde, antes de que la cuestión del “iletrismo” se separe del conjunto y se autonomise, se percibe hasta qué punto las temáticas y la retórica se desplazaron desde

el “pobre” hacia el “iletrado” sin transformarse. Una lectura retrospectiva permite dar cuenta hasta qué punto lo que se dijo del “pobre”, progresivamente se aplicará palabra por palabra a aquello que primeramente se llamará “ignorante” o “inculto” y después “iletrado”⁷. Leyendo la conferencia “Jaqué a la miseria” pronunciada en la Sorbona por el Abad Joseph Wrésinski el 1º de junio de 1983, nos damos cuenta de que el padre Joseph Wrésinski trasladó una argumentación que inicialmente se hacía respecto de la “miseria”, para aplicarla al “iletrismo”. La miseria, escribía, “es el hombre que nada puede controlar en su cuerpo, en su pensamiento ni en su vida”. La fórmula, aplicada al “iletrismo”, como un equivalente de la “miseria”, es, sin duda alguna, muy discutible. Y sin embargo, es este tipo de declaración (“la imposibilidad de elegir su destino”, “organizar su pensamiento”, “controlar su entorno”) la que persiste hasta en la pluma y en la boca de algunos “expertos” mediáticos de la cuestión.

Consagración estatal y autonomización del problema

En 1983 todo el trabajo social y simbólico de ATD Quart Monde comienza a hacerse sentir. El Primer Ministro de la época, Pierre Mauroy, encargó a una comisión estudiar el problema del “iletrismo” que en 1984 concluirá con la publicación de un informe oficial al Primer Ministro, *Des illettrés en France*⁸ y, luego con la creación del GPLI (Grupo permanente de lucha contra el iletrismo).

La transferencia-transformación al Estado del problema de los militantes, a quienes se les exige un compromiso total y duradero, es un pasaje que podría describirse, de acuerdo con Max Weber, como aquel realizado desde los *profetas* a los *burócratas*, desde los *misioneros* a los *funcionarios del templo*, disponiendo en adelante de medios financieros (permitiendo el financiamiento de acciones o investigaciones), medios de información alrededor de grandes organismos de investigación tales como el INSEE o el INED y redes institucionales (CRDP, AFPA, Ministerio de Defensa...) increíblemente muy extendidas. El “iletrismo” se vuelve entonces una “cuestión de Estado” y, a partir de ahora se evoluciona progresivamente de la época en la que el misionero predicaba, a menudo en el desierto, a aquella en que predica a semi-conversos, habituados al tema del “iletrismo” por todo el prolongado trabajo simbólico, retórico, acumulado a lo largo de los años anteriores.

El informe al Primer Ministro elaboró la categoría “iletrismo” *autonomizando* un problema específico, mientras lo unía a otros problemas sociales para apoyarse sobre los actores (formadores, trabajadores sociales, docentes, educadores...) susceptibles de ser movilizados para “luchar” contra esa “plaga”. En efecto, la historia de la delimitación de sus funciones los lleva a ocuparse de otros problemas sociales. Así, existe una visible tensión en el texto entre la denominación de categorías concernientes al “iletrismo” (“jóvenes en dificultad”, “medios populares”, “presos”, “medio subproletario”, “fracciones inferiores de la clase obrera”, “bajo nivel de calificación”...) y la afirmación de la especificidad del problema que no implica, en consecuencia, un conjunto de individuos que bien podrían ser designados con otro sustantivo.

El objetivo de aquellos que intentan promover un problema social o una categoría social, consiste por lo tanto en habituar a lectores y oyentes a abandonar la “categoría” o el “problema” que entonces ocupaba un lugar central e indiscutido: iletrismo y... pobreza, precariedad, inserción, *RMI*, exclusión, juventud en dificultad, fracaso escolar, salud, emprendimiento, cárcel, ejército, administraciones, bibliotecas, cultura, (primera) infancia, medio rural...

Cuando el “iletrismo” deviene una categoría engañosa

El problema social del “iletrismo” se desarrolló paralelamente al del “fracaso escolar”. En cierta forma es el “medio hermano” porque se refiere -en principio- a poblaciones fuera del sistema escolar, pero que se continúa considerando y evaluando de acuerdo a las competencias escolares, competencias escolares que son ampliamente “secundarias”, (lectura-comprensión más que lectura-descifrar; escritura-redacción más que escritura-copia). Comparte, por uno y otro lado, las mismas importantes condiciones objetivas de surgimiento (especialmente institucionales) y, hoy día se tiende a sustituirla ya que se califica de “iletrados”, a niños aún escolarizados sin tener en cuenta, evidentemente, una importante cantidad de definiciones en circulación (el gabinete de Ségolène Royal también había hablado en 1999 del rol del jardín de infantes en la “prevención del iletrismo”).

El “iletrismo” no puede ponerse de manifiesto hasta que los adultos, de una manera u otra (a través de cursos de reconversión, cursos de inserción social, cursos de formación), sean escolarizados nuevamente. Es esta escolarización de adultos, debido a la crisis de empleo, la que conduce a una visión escolar de la sociedad de mayor amplitud. Esta escolarización efectiva, esta reposición económicamente forzosa en los bancos de formación, se acompaña de una escolarización mucho más simbólica cuando Francia se transforma en una gran aula con el dictado de Bernard Pivot, cuando la población francesa es juzgada y evaluada en los discursos sociales o en las encuestas estadísticas de mayor amplitud, a partir de criterios escolares propios de la escuela primaria (saber leer-escribir-contar), del secundario (saber comprender lo que se lee, saber redactar textos, comenzar a saber comentar/interpretar los textos) o a partir de criterios universitarios (leer mucho y rápido, establecer una relación hermenéutica con los textos y saber construir su pensamiento y su acción a través del escrito).

La fuerza social, a partir de ahora vinculada con la noción de “iletrismo”, ya se encuentra a la medida de su capacidad para incorporar o reciclar antiguas preguntas, antiguas problemáticas o antiguos problemas que hasta allí vivían paralelamente sin lograr su unidad. Por ejemplo, cuando una autora¹⁰, maestra y después docente en el Instituto Médico-Educativo designa en 1989 como “iletrados” a niños y adolescentes hasta ese momento calificados más como “inadaptados”, “anormales” o “retrasados leves” contribuyó a la *recalificación* de esos niños y adolescentes escolarizados en la enseñanza especial (secciones de adaptación, Secciones de Enseñanza Especial, Instituto Médico-Educativo e Instituto Médico-pedagógico) a partir del “criterio”

leer-escribir. Los niños no han cambiado ontológicamente y, sin embargo, socialmente no son completamente los mismos porque se han modificado los modos de denominación que se les aplica y, al mismo tiempo, las maneras de pensar las soluciones a sus problemas.

A pesar de las tentativas de las instancias oficiales de fijar el sentido de la palabra, la imprecisión semántica real del término, a menudo individualmente rechazada pero, sin embargo, benéfica y colectivamente sustentada, permite *ganar coherencia en un conjunto heteróclito*. Reunir a profesionales en extremo diversos bajo una misma bandera, es la proeza que lograron *colectivamente pero sin concertación* los formadores profesionales de discursos sobre el “iletrismo”. Así, se encuentran reunidos : pedagogos luchando contra “el fracaso escolar”, los diferentes actores del “sostén escolar”, los psicólogos y fonoaudiólogos preguntándose por la “dislexia” y la “disortografía”, los educadores a cargo de la alfabetización de la población inmigrante, los educadores de empresas procurando formar a los BNQ (Bajo Nivel de Calificación), los trabajadores sociales encargados del público con dificultad de “inserción”, los encargados de la Misión local de inserción, los especialistas en reinserción social (presos, jóvenes delincuentes...), las asociaciones caritativas trabajando junto con las poblaciones pobres (los sin techo, habitantes de villas miserias...), los bibliotecarios, los docentes y encargados culturales luchando para disminuir la cantidad de lectores “flojos” o “malos”, los que -asociando la noción de “iletrismo” a la de “ignorancia”- no dudan en hablar de “iletrismo cultural”, los que (artistas, periodistas culturales, docentes...) luchando por la defensa de la “Lengua Francesa” (y especialmente su ortografía) y los que (filósofos, escritores y ensayistas) deplorando el fin de la “civilización escrita” y la “derrota de las ideas”... El “iletrismo”, *lugar común* discursivo de numerosos problemas reales que no tienen más que algunos pocos lazos verdaderos entre sí pero unos cuantos fantasmas sociales, se transformó en un mito social colectivamente sustentado. Una vez constituido socio-políticamente, el “iletrismo” devino una categoría dominante de percepción del mundo social y, a pesar de su imprecisión, impuso de todos modos una forma de ver el mundo y, en particular, *desde un ángulo esencialmente cultural* (más que económico, político...).

Así, por consiguiente, se ha recurrido a una categoría engañosa extensible o redefinible según las necesidades que permite, al mismo tiempo, a actores y acciones reivindicar la etiqueta de la “lucha contra el iletrismo”. Las imprecisiones semánticas no son entonces un “defecto” o el signo de una disfunción social, sino la condición misma del beneficio y utilidad social de la noción.

Etnocentrismo cultural y estigmas

Los discursos sobre el «iletrismo» comunican múltiples afirmaciones respecto de la visión etnocéntrica de los letrados, es decir, de lo que también se llama etnocentrismo cultural. Lo absoluto¹¹ y la sublimación (en el sentido de alcanzar lo sublime) de los rasgos de su propia cultura clásicamente conduce a recortar a su medida todas

las buenas costumbres (plena humanidad, verdadera ciudadanía, felicidad auténtica, verdadera inteligencia, vida verdadera...) y a juzgar la mediocridad o la grandeza de todo el resto del género humano a partir y a medida de estas costumbres. Los propósitos acerca de la excelencia, la plena realización de las potencialidades humanas, la realización de la existencia o la esencia humana en su forma más acabada, son siempre maneras de cerrar sobre sí mismo los límites de la existencia considerados como dignos de ser vividos, y de colocar a distancia, discreta o rabiosamente a aquellos que más alejados están de la definición de sí mismos.

El etnocentrismo de los grupos humanos, escribía André Leroi-Gourhan, los lleva a asimilar su etnia a una “suerte de “yo” ideal, reuniendo las cualidades del bien y de lo bello”. ¿Y qué otra cosa más simbólica que denominar “hombres” (o los “completos” como los llamaba Levi-Strauss) sólo a los miembros de su grupo? Ya sea una tribu, aldea, nación, clase o fracción de clase el grupo puede decidir contener a la humanidad o a la excelencia humana en los límites de su territorio expulsando fuera de los límites a los “no-humanos” o a los “menos que humanos”. En el seno de un mismo grupo social, las categorías de individuos estigmatizados son víctimas del mismo tipo de tratamiento: “Va de suyo, escribía el sociólogo norteamericano Erving Goffman que, por definición, pensamos que una persona estigmatizada no es del todo humana”¹².

Así es como un lingüista podía escribir en 1998, con toda la buena conciencia posible en el letrado preocupado por el “iletrismo”, que los niños con dificultad en la lengua (oral como escrita) “serán menos humanos que los otros: más vulnerables a los discursos sectarios e integristas, más fácilmente seducidos por las explicaciones simplistas y definitivas, más dados a la violencia inmediata, serán los naturales enemigos del extranjero y del desconocido”¹³. Calificados como “buenos en nada” por el mismo autor, “menos humanos que los otros”, los “iletrados” aparecen como los verdaderos bárbaros.

Este es el mismo etnocentrismo letrado que se manifiesta cuando se lee en otro autor, ensayista, que “El libro es el otro nombre del *proceso de humanización del hombre*”; que “no se puede más que sufrir un sentimiento de dolor ante un reparto de las cosas y de la sociedad consistente [...] en haber privado (a la gran mayoría) del poderoso socorro de la cultura, de la lectura y de los libros *desde los cuales se deviene hombre*” o que “La falta de libros no hace morir el cuerpo, no hace morir el alma o el espíritu: *solamente impide al hombre ser, devenir hombre*”¹⁴. Es inútil aclarar que esta definición de plena humanidad a través del libro y, más precisamente aquí a través de la literatura, presupone una infra-humanidad, es decir, la brutal exclusión de una mayoría de hombres y mujeres del reino humano...

La existencia realizada o la vida digna de ser vivida

El sentimiento de quien trabaja sobre los discursos públicos es finalmente bastante curioso. Termina por preguntarse por qué tantas personas hablan tan singular-

mente acerca del mundo social y de dónde proceden esos extraños hábitos discursivos que han contraído. En efecto, observándolos de cerca, numerosos discursos acerca del “iletrismo” hablan de cualquier otra cosa que del problema a ser tratado. Y ¿de qué hablan?

Ellos nos muestran una cartografía mítica de lugares simbólicos que conviene desear a fin de alcanzar la propia verdad, la felicidad, la plenitud personal, la autonomía, la verdadera ciudadanía (activa), el poder sobre sí mismo y sobre la vida, el control de sí mismo y de su entorno, la dignidad humana y aún, la Humanidad, valor supremo... El acceso a lo escrito se supone nos brindaría todo aquello y, si todavía estuviésemos colectivamente gobernados por principios religiosos, los discursos nos prometerían sin ninguna duda el Paraíso. Los discursos también hablan, en el vacío, del lugar de los “iletrados” que es necesario evitar a toda costa para no caer en el *no man's land* sin forma de la sub-ciudadanía, de la ausencia de dominio del sentido de la vida, de la no-humanidad, de lo indigno, de la incapacidad de “ser” o de “vivir”.

Por otra parte, es revelador que si los “desposeídos” son fácilmente designados (los “iletrados”), los “otros”, “no-iletrados”, se definen esencialmente por lo que no son, por aquello a lo que felizmente escaparon. En efecto, difícilmente se puede oponer “letrados” a “iletrados” dada la connotación erudita del primer término. La categoría es, por lo tanto, perfecta para reafirmar a todos aquéllos que se sienten “no iletrados” pero que, sin embargo, no podrían autodefinirse “como letrados”. Y, como se ha visto, tranquiliza más allá de lo razonable: los no-iletrados acceden a la plenitud de su personalidad individual, a la felicidad, a su verdad auténtica, dominan su existencia y su sentido, son autónomos, dignos y aptos de participar en la vida social, política y económica de su país... Existe una demagogia y exageración -¿quién podría racionalmente refutarlo?- en estas descripciones de la vida de los unos y de la casi no-vida de los otros. Pero no es para nada sorprendente si se considera que estas descripciones son las de una cartografía simbólica y no de una situación real. Se trata de una pequeña *mitología de los dominantes* sobre el tema de la vida que merece ser vivida, de la existencia realizada.

Aquí, es posible parafrasear lo que escribía el sociólogo alemán Max Weber a propósito de la Iglesia, al definir el trabajo social que realizan los profesionales del discurso público cuando, hoy en día, -a propósito del “iletrismo” o de otros temas-, distribuyen la dignidad y la indignidad, la felicidad y la desgracia, la razón de vivir y la ausencia de la razón de vivir. Se diría entonces que “los profesionales del discurso sobre el mundo social son agentes que reivindican -con más o menos éxito- el monopolio de la coacción física legítima hacia los ciudadanos, en tanto que otorgan o rehúsan los bienes de la salvación terrena, en el sentido de las razones de la existencia”.

1960-2000: desde lo económico a lo simbólico

¿Qué concluir de todo esto?

Progresivamente, desde el inicio de los años sesenta hasta fines de los años

noventa, serán apresados por el gran giro cultural y redefinidos culturalmente, no sólo los problemas públicos, políticos (la democracia, la ciudadanía, el acceso al empleo...), sino también las cuestiones privadas y/o éticas tales como la plenitud individual, la realización personal, la felicidad, la dignidad o humanidad.

La cultura legítima y, muy particularmente la cultura escolar general, casi se convirtió en la medida de todo, incluso de la *vertu*. Ser un hombre “pleno”, “gozoso”... es ser un hombre cultivado. Por lo tanto, se llegó a pensar que un “hombre de bien” (que hace el bien), lo mismo que un hombre “que vive bien” (feliz de vivir), era necesariamente un “hombre con bienes culturales” (una persona dotada culturalmente). Hoy son numerosos los intelectuales franceses que establecen una relación de causalidad entre “ausencia de cultura” y “violencia”.

Por ejemplo, después de haber afirmado que “el amor a la lengua está cada vez menos extendido” en Francia, un filósofo francés declaraba en 1999: “Creo que *existe una relación entre esta pérdida de la lengua y la violencia en las escuelas*. Ya que, *cuanto menos Ustedes disponen de la lengua, tanto más se encuentran tentados por las elecciones simplistas, es decir, por la brutalidad*. Y el retorno de la *violencia física* en nuestra civilización, la gran sorpresa del fin del siglo XX, debe pensarse en el marco de esta *degradación general de la lengua*”¹⁵.

También un lingüista francés sostiene desde hace varios años que lo que él designa como “la lengua iletrada”, de igual modo que la utilizada en los suburbios, impediría “todo intento de relación pacífica, tolerante y manejable en un mundo fuera del alcance de las palabras, indiferente al verbo” porque ellas “no tendrían el poder de crear un tiempo de serena negociación lingüística propia para evitar el pasaje al acto y al enfrentamiento físico”¹⁶. Estos intelectuales también piensan a menudo que la falta de cultura es la que arrastra hacia todos los extremismos, hacia la intolerancia, el racismo, la xenofobia...

Pero, ¿de dónde puede venir esta certeza, sociológica e históricamente infundada, según la cual la cultura aportaría necesariamente amplitud de espíritu y capacidad de comprensión y a la fuerza implicaría una visión y una práctica pacífica del mundo social? ¿Esta certeza que la comprensión del mundo inevitablemente aquieta a los seres y obligadamente los vuelve mejores, más pacíficos, más tolerantes, en síntesis, que la cultura es también moral? Si se desplazara por largo tiempo (por una simple variación imaginaria, va de suyo) a estos intelectuales sumamente cultos y a veces altamente escolarizados a las condiciones perdurables de desesperanza económica y social que justamente conocen estos jóvenes en “fracaso escolar” y desempleo, viviendo en familias acechadas por los efectos desbastadores de las mutaciones del sistema económico, ¿se podría pensar que indefinidamente guardarían esta distancia culta y razonable del mundo social, lejos de todo deseo de violencia o agresividad?

En efecto, fuera de los efectos socializadores secundarios (pero sin embargo poderosos) de la acción pedagógica en materia de disciplinamiento de los cuerpos, un importante volumen del capital cultural en sí, no protege para nada de la “barbarie”

o de la violencia y, no implica para nada la adquisición de disposiciones morales tales como la lealtad, la preocupación por el otro, la escucha, la gentileza, la relación pacífica con los otros, el *fair-play*, etc. A fuerza de rebajar la ética sobre lo cultural se ha concluido por olvidar que esas dos dimensiones no se confunden necesariamente. La alta cultura escolar y extra-escolar de los altos dirigentes de los partidos de extrema derecha (médicos, politécnicos, universitarios, abogados...) jamás ha logrado protegerlos de la simplificación política, de la intolerancia más elemental y a veces de la violencia física: la baja moral y política es compatible con una elevada cultura escolar. “Inmoralidad” y volumen importante de capital cultural pueden, lamentablemente, hacer un buen matrimonio y sería necesario no juzgar muy a la ligera la moralidad o la virtud a partir del grado de conocimientos escolares o de competencias culturales o, sobre la base del volumen (número, frecuencia) de los actos culturales dejando sobrevolar peligrosamente, al mismo tiempo, una duda sobre la *vertu* de esos que más alejados de las formas legítimas de la cultura (clases populares, rurales y urbanas).

La fantástica promoción de un problema como el “iletrismo” aparece, así, como un síntoma, entre otros, de esta nueva centralidad de la cultura (esencialmente literaria o libresca) en la percepción del mundo social y sus problemas.

Intenté, a lo largo de esta conferencia, recordar que del “iletrismo”, factor de “exclusión” o un problema entre otros, hemos pasado históricamente al “iletrismo” fuente, causa, símbolo o forma suprema de la “exclusión”. Esta inflexión del discurso, que puede observarse desde el origen en el interior mismo del movimiento ATD Quart Monde, se difundirá muy ampliamente hacia el exterior y estará acompañado y magnificado por intelectuales (ensayistas, filósofos, lingüistas, profesionales de la cultura...) que hacen de la falta de lectura o de las dificultades en la escritura el colmo de la miseria humana.

Me planteo al final de este recorrido analítico sobre el continente discursivo del “iletrismo”, la cuestión de saber lo que colectivamente tenemos por ganar pero, sobre todo, por perder al hablar del mundo social de esta manera.

Notas

¹ FOUCAULT, M., *L'Ordre du discours*, Gallimard, Paris, 1971, p. 24.

² PASCAL, B., *Les Pensées*, Nouveaux classiques Larousse, Paris, 1965, p. 143. (El subrayado es mío).

³ “Durci” en el original. N. del T.

⁴ En la publicación *Quand l'histoire se rétablit*, Paris, Quart-Monde Igloos, 1978.

⁵ WRÉSINSKI, J., “La science, parente pauvre de la charité”, en: LABBENS J., *La Condition sous-prolétarienne*, Science et Service, Pierrelaye, 1965, p. 9-32.

⁶ C. Ferrand, prefacio a Claire Fondet, *Vaincre l'illettrisme*, *op. cit.*, p. VII.

⁷ Ver especialmente J. Wrésinski, “La science, parente pauvre de la charité”, *op. cit.*, p. 9-32.

⁸ ESPÉRANDIEU, V., LION, A. (avec la collaboration de J.-P. Bénichou), *Des illettrés en France. Rapport au Premier ministre*, Paris, La Documentation française, janvier 1984.

⁹ En el original: “compétences scolaires qui se sont très largement secondarisées”. (N. del T.).

¹⁰ LE BRETON, A., *L'Adolescence illettrée*, Editions universitaires, 1989.

¹¹ “L’absolutisation” en el original. Acción de transformar en “absoluto” un elemento, cuestión o conducta. (N. del T.).

¹² GOFFMAN, E., *Stigmate. Les usages sociaux des handicaps*, Minuit, Paris, 1975, p. 15.

¹³ BENTOLILA, A., “Le vrai chantier de l’école”, *Libération*, 5 octobre 1998.

¹⁴ SALLENAVE, D., *Le Don des morts. Sur la littérature*, Paris, Gallimard, 1991.

¹⁵ FINKIELKRAUR, A., *Bouillon de culture*, en el canal de televisión público France 2, el viernes 29 de enero de 1999.

¹⁶ BENTOLILA, A., “Les faux-semblants du français ‘branché’”, *Le Monde*, 26 de mayo de 1998.